



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 14.

JUEVES 2 DE JUNIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

EL CATOLICISMO Y EL CLERO CATÓLICO, por Abdon de Paz.
—HISTORIA DE ESPAÑA: Destrucción de Numancia, por el P. Mariana.—EL CASTILLO DE MAGDALO.—(Continuación), por Enrique P. Escribá.—EL MES DE MAYO, por Enrique Fernandez y Carnicero.—HISTORIA NATURAL: La mariposa.—ESCURSION AL REDEDOR DE ATENAS. (Conclusión), por Broughthon y Mery.—EL MOSQUITO: (Copiado de mi cartera), por Fabio de la Rada y Delgado.—A FELISA, por Joaquín Valverde y Durán.—LA SEPARACION: Fragmento de mis memorias, por Juan de la Cruz Rovira.—EPIGRAMAS, por Joaquín Valverde y Durán.

EL CATOLICISMO Y EL CLERO CATÓLICO.

Un pueblo sin fe ni religion es una fiera: dad á ese pueblo el arma de la libertad, y la fiera se trasformará en monstruo.

Por eso un pueblo, cuanto mas amante de sus libertades, debe de ser mas religioso.

Yo, que ardientemente deseo que el sol de la verdadera libertad irradie su esplendente luz sobre el suelo de mi querida patria, ansío entre las primeras libertades, la de imprenta, para ofrecer la inutilidad de mi pluma en contra de los enemigos de la religion, que entonces se presentarán á campo descubierto y frente á frente dirigirán sus tiros. En tan ansiado día de la discusion, verdadera cuando se evita el espíritu de parcialidad, la influencia del amor propio y el peligro de ofender el ageno, nacerá la luz, las inteligencias se esclarecerán y el cristianismo se ostentará en su verdadero esplendor, lucidez y magnificencia. Porque, como observó ya el inmortal Balme en la mas inmortal de sus obras, «la religion que ha nacido del seno de la luz no puede producir las tinieblas, la que es obra de la misma verdad no ha menester huir de los rayos del sol, no necesita ocultarse en las entrañas de la tierra; puede marchar á la claridad, puede arrostrar la discusion, puede llamar alrededor de sí todas las inteligencias con la seguridad de que han de encontrarla tanto mas pura, mas hermosa y embe-

lesante, cuanto la contemplen con mas atención, cuanto la miren mas de cerca.»

¿No es mil veces mas triste que algunos mentecatos, rodeados de ignorantes que hasta harian gala de negar la existencia del Ser Supremo, proclamen, desde la mesa de un café por supuesto y sin establecer una discusion razonada, que la religion que guió la pluma de San Agustín en su *Ciudad*, de San Gerónimo en sus *Epistolas*, y de Tertuliano en su *Apologética*; la que dió vida á los *Pensamientos* de Pascal, á los *Caracteres* de La-Bruyere y á la *Teodicea* de Leibnitz; la que fue fuente de la inspiracion de la *Comedia* del Dante, de la *Jerusalén* del Tasso y del *Paraíso* de Milton; ha sido, es y será una constante rémora para la civilizacion universal?

¿No es mil veces mas desconsolador que ciertos hombres, que desconocen hasta las primeras nociones de la historia, se lancen en el énfasis de su audaz oratoria a decir que el clero ha sido, es y será siempre fanático, y enemigo de las luces?

Y en verdad, ¿á qué atacar al cristianismo?

¿Qué religion mas consoladora, humanitaria y conforme con los mas avanzados principios políticos que la del que al estridor del relámpago y al estruendo del trueno exhaló el último suspiro por el hombre en la enlutada cumbre del misterioso Gólgota?

El cristianismo, religion santa, dirigida al pueblo, predicada por hijos del pueblo, que, proclamando las ideas de igualdad y fraternidad, trata de unir al rey con el súbdito y al esclavo con el señor, y divinamente humanitaria, ostenta como uno de los primeros de sus preceptos la mas absoluta tolerancia; es indudablemente, aparte de su carácter dogmático, la religion por excelencia para aquellos cuya mente se agite por el triunfo de la libertad bien entendida.

Yo de mí puedo decir que ni el *sensualismo* de Locke, ni el *racionalismo* de Kant, ni el *panteísmo idealista* de Fichte, Schelling ó

Hegel, ni el *eclecticismo* de Cousin, ni el *panteísmo ateo* de Krausse, me satisfacen. Mi inteligencia, agena á toda preocupacion, ansía saber, busca la verdad por todas partes; pero en tales sistemas filosóficos solo halla la duda, la intranquilidad, el caos, que hieren mi fe y trastornan mi cerebro.

Por todos los sistemas de filosofia juntos, escritos y por escribir, cambiaria yo una hoja; ¿qué digo una hoja? ni una línea; ¿qué digo una línea? ni una letra de ese gran libro que, consuelo de débil, consejo del poderoso, panacea universal de nuestros males, lleva la tranquilidad á nuestros corazones y la verdad á nuestras inteligencias.

El Evangelio es el libro de la Divinidad...

¿A qué atacar al clero?

El clero, como todas las instituciones, ha tenido, tiene y tendrá sus defectos. La Roma del siglo XVI fue, segun todos los historiadores de la época, mas que la ciudad de la oracion, la ciudad de las orgías: los hombres mas religiosos clamaron en aquellos dias de disolucion por la reforma; y Dios, que premia y castiga, accedió á la demanda permitiendo que Lutero respondiese desde Worms á los híbridos gritos de la ciudad eterna.

Pero el clero tiene tambien sus dias de gloria.

Cuando el mundo antiguo se derrumbaba ante el estruendo de los bárbaros del Norte, que á manera de furias infernales, solo curaron repartirse el botín de la victoria, en medio del espantoso cataclismo que, dando fin á la historia antigua en el primer hecho con que comienza la edad media; el clero, cual fantástica figura, se levanta magestuoso constituyéndose depositario de las luces de la época, procura reparar los estragos de los bárbaros contra la civilizacion romana, y concentrando en sí la sabiduría de los pasados siglos, es el cáliz donde se conserva el aroma del saber humano, la nave misteriosa que, cruzando en silencio el borrascoso piélago de aquella so-

ciudad guerrera, conduce en su seno los gérmenes de las revoluciones científicas y literarias que en días posteriores sucesivamente el mundo nos presenta. En el largo periodo de la Edad Media, en aquellos interminables días de luchas, de sobresaltos é inquietudes, en que por espacio de tantos siglos no se oyó sino el redoble del tambor, el sonido del clarín y el estruendo de las armas, ¿qué hubiera sido del mundo si, mientras todos solo pensaban en la guerra, el anacoreta en la soledad del desierto y el monje en el silencio del claustro, no hubieran sacrificado su vida al estudio y conservado en el retiro de las grutas y las celdas la civilización, que por fuera puede decirse había desaparecido por completo?

El mundo civilizado debe mucho al clero, no solo en los tiempos antiguos, si que también en los modernos. ¿Buscáis hombres ilustres por su grandeza oratoria? Ahí teneis á un Basilio el Grande, á un Gregorio Nacianceno, á un Ambrosio, á un Atanasio, á un Crisóstomo, á un Jerónimo, á un Agustín y en nuestros días á un Bossuet, á un Massillon ó á un Bourdaloue. ¿Quereis saber los nombres mas eminentes en letras y en filosofía? Recorred la historia y os encontrareis con los de un Leandro, un Isidoro, un Ildefonso, un Tomás de Aquino, un Tomás de Villanueva, un fray Luis de Granada, un fray Luis de Leon, un Mariana, un Fenelon, un Barthelemy, un Feijóo, un Balmes ó un Wiseman. ¿Deseais averiguar quiénes se han distinguido en los descubrimientos de las ciencias? Rogerio Bacon, Bertoldo Schwartz y Nicolás Copérnico satisfarán vuestra curiosidad. ¿Preguntáis qué hombres notables han sobresalido en los campos de batalla y en los gabinetes de la política? España os contestará enorgullecida que Gímenez de la Rada y Cisneros fueron sus hijos, y la Europa moderna os repetirá los nombres de los Alberoni y Richelieu, de los Mazarinos y Fleury. ¿Pero á qué cansarnos en defender una clase á que se honraron de pertenecer el fecundísimo Lope de Vega, el portentoso y meliflúo Calderón y el inmortal Tirso de Molina?

No desconocemos los defectos que hayan podido mancillar al clero antiguo y hoy mancillen al clero contemporáneo. Desgraciadamente los ha tenido y tiene; y en un siglo en que se trata de tirar por tierra el santuario de la hipocresía y el trono del despotismo, ni este ni aquella son excusables en una clase tan distinguida. Combatámosla en este terreno, hagámosla comprender el espíritu del siglo, demostrémosla que el cristianismo, lejos de ser enemigo de la libertad, es su mas fundamental columna; pero en manera alguna ofuscados por la pasión olvidemos las lecciones de la historia; que si el clero ha vuelto á veces los ojos hácia atrás, instigado, ha sido también á veces por los gritos de los *ateos degolladores*. Las preocupaciones han sido siempre patrimonio común de todas las escuelas: justo es que dejemos de ser preocupados: *justum cuique*.

Por fortuna, á medida que el progreso avanza, el ateísmo va cayendo en desuso, particularmente en los hombres de verdadero talento; y de otra suerte que antes, son hoy juzgados el catolicismo y el clero católico.

Un ilustre escritor, notable por sus profundos conocimientos en historia y filosofía, mi distinguido amigo don Eugenio García Ruiz, cuyas ideas políticas no pueden ser mas avanzadas, despues de publicar un libro, en alto grado interesante por sus doctrinas en contra de las de ciertos ilusos pensadores, que creían hallar en el socialismo ó comunismo el remedio universal de nuestros males; ha dado á luz una obra, digna por mas de un concepto de estudiarse; y en ella abiertamente ha proclamado que sin religion en vano nos esforzáramos en organizar sociedades, y que negando á Dios, la libertad está negada.

Falta hacia en verdad la publicación de *Dios y el hombre*.

Y falta hace también que no nos avergon-

cemos de ser religiosos porque seamos liberales.

Antes de soltar la pluma con que he trazado estas líneas, escritas en son de protesta á petición de algunos de mis amigos, manifestaré que, tan amante de la libertad como el primero, no me avergüenzo de conservar puros los santos recuerdos de una madre, que asaz niño perdí por mi desgracia, y que si siento latir mi corazón con entusiasmo por la memoria de un Washington, también siento en mi alma un recogimiento, secreto, dulce y misterioso, cuando á la caída de la tarde y desde la cumbre de la colina silenciosa, escucho el lánguido tañir de la campana de la aldea, donde aspiré por primera vez el aura de la vida.

ABDON DE PAZ.

HISTORIA DE ESPAÑA.

DESTRUCCION DE NUMANCIA.

El año luego adelante que se contó de la fundación de Roma seiscientos veinte y uno, siendo cónsules Publio Moncio Scevola y Lucio Calpurnio Piron, á Scipion alargaron el tiempo del gobierno y del mando que en España tenía: traza con que Numancia fue de todo punto asolada, ca pasado el invierno, y con varias escaramuzas quitado ya el miedo que los soldados tenían cobrado, con intención de apretar el cerco de Numancia de unos reales hizo dos, dividida la gente en dos partes. El regimiento de los unos encomendó á Q. Fabio Máximo su hermano, los otros tomó él á su cargo, dado que algunos dicen que dividió los reales en cuatro partes, y aun no concuerdan todos en el número de la gente que tenía. Quién dice que eran sesenta mil hombres, quién que cuarenta, como no es maravilla que en semejante cuenta se halle entre los autores variedad. Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como antes ganaran, aunque eran mucho menos en número (porque los que mas ponen, dicen que eran ocho mil combatientes, y otros deste número quitan la mitad) sacadas sus gentes fuera de la ciudad y ordenadas sus haces, no dudaron de presentar la batalla al enemigo, resueltos de vencer ó perecer antes que sufrir las incomodidades de un cerco tan largo.

Scipion tenía propósito de excusar por cuanto pudiese el trance de la batalla como prudente capitán y que consideraba que el oficio del buen caudillo no menos es vencer y concluir la guerra con astucia y sufrimiento, que con atrevimiento y fuerzas. Ni le parecía conveniente contraponer sus ciudadanos y soldados á aquella ralea de hombres desesperados. Con este intento determinó cercar la ciudad con reparos y palizadas para reprimir el atrevimiento y acometimiento de los cercados. Demás desto mandó á las ciudades confederadas enviasen nuevos socorros de gente, municiones y vituallas para la guerra. Hízose un foso alrededor de la ciudad, y levantóse un valladar de nueva manera, que tenía diez pies en alto y cinco en ancho, armado con vigas y lleno de tierra, con sus torres, troneras y saetias á ciertos trechos, de suerte que representaba semejanza de una muralla continuada. Solamente por el rio Duero se podia entrar en la ciudad y salir; pero también esta comodidad quitaban á los cercados las compañías de soldados y los ranchos que en la una ribera y en la otra tenían puestos de guarda. Para remedio desto los buzanos, zambulléndose en el agua, debajo de ella sin ser sentidos pasaban cuando era necesario de la una parte á la otra. Otros con barcas por la ligereza de los remeros, ó por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban de ser heridos con lo que los soldados les tiraban; y por esta manera se podia meter alguna vitualla en la ciudad. Duróles poco este remedio y consolación tal cual era,

porque con una nueva diligencia levantaron dos castillos de la una y de la otra parte del rio con vigas que le atravesaban, y en ellas unos largos y agudos clavos para que nadie pasase.

Los numantinos, sin perder por esto ánimo, no dejaban de acometer las centinelas y cuerpos de guarda de los romanos, mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados en la ciudad: que á sabiendas no los querian matar para que gastasen mas presto cuantos mas fuesen las vituallas, y forzados de la hambre y extrema necesidad se entregasen. En esta coyuntura, un hombre de grande ánimo y osadía llamado Retogenes Caravino con otros cuatro (1) por aquella parte que los reparos de los romanos eran mas flacos y tenían menos guarda, escalado el valladar y degolladas las centinelas y escuchas, se enderezó á los pueblos llamados Arevacos: donde en una junta de los principales que para esto se convocó, les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentesco no desamparasen á Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que encendido en coraje y en deseo de vengarse no tenía olvidadas las injurias que ellos le habían hecho. Considerasen que aquella ciudad solia ser el refugio y reparo común de todos, y al presente por la adversidad de la fortuna, y por la astucia de los que la cercaban, mas que por valor y esfuerzo, se hallaba puesta en extremo riesgo y cuita. «¿Por qué (dice) en tanto que las fuerzas están enteras, y los romanos por tantas pérdidas rehúsan la pelea, y por malas mañas y astucias pretenden apoderarse de aquella nobilísima ciudad, vos juntadas las fuerzas no quitareis el yugo desta servidumbre, y echareis de vuestra tierra esta peste común? ¿Aguardais por ventura hasta tanto que cunda este mal, y de unos á otros pase y llegue á vuestra ciudad? Pensad que esta llama, consumido todo lo que se le pone delante, será forzoso que tdo lo asuele. ¿Por ventura no conoceis la ambición de los romanos, sus robos y sus crueldades? los cuales muchas veces habeis visto y oído que sin causa alguna, solo con deseo de estender su señorío ponen asechanzas á la libertad y riquezas de toda España. Direis que teneis hecho concierto con ellos y con esto os asegurais. En que si no hubiera muchos ejemplos frescos y puestos delante los ojos de la deslealtad, codicia y fiereza de los romanos, la destrucción poco há de Caucia, y ahora la confederación de los numantinos con Mancino quebrantada injustamente, son bastante muestra como ninguna cosa tienen por santa por el deseo de enseñorearse de todo. Mirad que si anteponeis ahora vuestro reposo particular á la salud común, la cual en gran parte dependiente del valor y esfuerzo de Numancia, no seais en algun tiempo forzados á quejaros por demás (ojalá yo me engañe) de haber perdido y desamparado lo uno y lo otro. Afuera, pues, toda tardanza y cobardía: en tanto que hay tiempo, y que las cosas están en término que se pueden remediar, volved vuestros ánimos y pensamiento á procurar la salud de la patria. Juntad armas y fuerzas, cargad sobre el enemigo que está descuidado, cercándole los vuestros por una parte y los nuestros por la otra, por frente y por las espaldas. Considerad que en nuestro peligro corre riesgo la salud, la libertad y las riquezas de toda España.»

Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse en tierra y á los pies de cada uno, tenía ablandados los corazones de muchos; pero como quier que á los desdichados y caídos todos les faltan, prevaleció el voto de los que sentían que no convenia enojar á los romanos, antes decían que sin tardanza echasen de toda su tierra á los numantinos, porque no les achacasen y hiciesen cargo de haber oído en su junta aquella embajada. Lo que despues desto hizo Retoge-

(1) Caravino era su nombre, según Appiano, quien dice que fué á esta atrevida empresa con cinco hijos suyos y otros cinco compañeros á quienes había inflamado en defensa de su patria.

genes, no se sabe: solo consta que la gente moza de Lucía, pueblo que estaba á una legua de Numancia, acudió á socorrer los cercados; pero fue rebatida su osadía por la diligencia de Scipion, y con cortar las manos derechas por mandado del mismo á cuatrocientos dellos, los demás quedaron escarmentados para no imitar semejante desatino. Con esto los numantinos, perdida toda esperanza de ser socorridos, y por el largo cerco quebrantados de la hambre movieron tratos de paz. Enviaron para esto á Scipion una embajada: el principal por nombre Aluro, dada que le fue audiencia, se dice habló en esta manera: «Quiénes sean los ciudadanos de Numancia, de que lealtad, de que constancia, no hay para que traerlo á la memoria, pues tú con la larga experiencia lo puedes tener entendido, y no está bien á los miserables hacer alarde de sus alabanzas. Solo te diré que te será muy honroso haber quebrantado los ánimos de los numantinos, y á nos no será del todo afrentoso, ya que así había de ser, ser vencidos de tan gran capitán. Lo que la presente fortuna pide, y á lo que nos fuerzan los males deste cerco, confesímonos por vencidos; pero con tal que te contentes con nuestra penitencia y enmienda, y no pretendas destruirnos. No pedimos del todo perdón, dado que en ninguna parte pudieras mejor emplearle: contentámonos con que el castigo sea templado. Que si nos niegas las vidas y nos das lugar á la pelea, determinados estamos de probar cualquier cosa hasta morir por nuestras manos, si fuere necesario, antes que por las ajenas: que será el postrer oficio de varones esforzados. Tú debes considerar una y otra vez lo que la fama y el mundo dirá de tí así de presente como en el tiempo adelante.»

Maravillóse Scipion por este razonamiento que los corazones de aquella gente con tantos trabajos no estuviesen quebrantados, y que perdida toda esperanza, todavía se acordasen de su dignidad y constancia. Con todo esto respondió á los embajadores que no había que tratar de concierto, sino fuese entregándose á la voluntad del vencedor. Con esta respuesta los numantinos como fuera de sí matan á los embajadores, los cuales ¿qué culpa les tenían? pero cuando la muchedumbre se alborota, muchas veces acarrea daño decir la verdad. Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse ni de venir á batalla: acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse con cierto breva que hacían de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen los reparos de los romanos, escalan el valladar, degüellan todos los que se les ponen delante, hasta que sobreviniendo mayor número de soldados, y sósegada algun tanto la borrachez, les fue forzoso retirarse á la ciudad. Despues desta pelea dicen que por algunos días se sustentaron con los cuerpos muertos de los suyos. Demás desto probaron á huir y salvarse: como tampoco esto le sucediese, por conclusion, perdida del todo la esperanza de remedio, se determinaron á acometer una memorable hazaña, esto es, que se mataron á sí y á todos los suyos, unos con ponzoña, otros metiéndose las espadas por el cuerpo: algunos pelearon en desafío unos con otros con igual partido y fortuna del vencedor y vencido, pues en una misma hoguera que para esto tenían encendida, echaban al que era muerto, y luego tras él le seguía el que le quitaba la vida.

Por esta manera fue destruida Numancia pasados un año y tres meses despues que Scipion vino á España. Grande fue su obstinacion, pues los mismos ciudadanos se quitaron las vidas. Appiano dice que entrada la ciudad hallaron algunos vivos: contradicen á esto los demás autores, y es cosa averiguada que Numancia se conservó por la concordia de sus ciudadanos, que tenían entre sí y con sus comarcas, y pereció por la discordia de los mismos; demás desto que vencida quitó al vencedor la palma de la victoria. Los edificios á que perdonaron los ciudadanos, que no les pusieron fuego, fueron por mandado de Sci-

pion echados por tierra, los campos repartidos entre los pueblos comarcas. Hechas todas estas cosas, y fundada la paz de España, se volvió Scipion á Roma á gozar el triunfo que le era muy debido por hazañas tan señaladas; por las cuales demás de los otros títulos y blasones, le fue dado y tuvo adelante el renombre de numantino.

Triunfó otrosí Decio Bruto poco antes en Roma por dejar vencidos y sujetos los gallegos, con que ganó asimismo sobrenombre de galaico como se dijo poco antes deste lugar.

EL P. MARIANA.

EL CASTILLO DE MÁGALO.

(CONTINUACION.)

X.

LA APARICION.

Trascurrieron algunos días.

Magdalena acababa de abandonar el lecho. Durante la noche, la hermosa doncella de Mágalo había tenido un sueño fatigoso.

Deseando respirar el aire puro de los campos, encaminóse á su ventana.

El sol bañaba con sus purísimos rayos los árboles de su jardín.

Las flores abrían su corola para recibir su rayo vivificador.

Las palmeras balanceaban sus poéticos penachos acariciados por el soplo suave de la brisa.

Magdalena, con los brazos apoyados en el hueco de la ventana, respiraba el perfumado ambiente de su jardín, dejando vagar por el espacio su indecisa mirada.

Las tiernas avecillas cantaban amores ocultas en las frondosas ramas de los sauces.

Magdalena parecía deleitarse oyendo sus arpadados trinos, aspirando el aroma de las flores que subía hasta su ventana, y contemplando el hermoso panorama que se extendía ante sus ojos.

De pronto sus miradas se fijaron en un grupo de hombres que por una angosta vereda caminaban hacia el castillo.

Aquella vereda cruzaba por entre las palmeras de Mágalo en direccion á Cafarnaum.

Detrás de aquellos hombres veíanse caminar algunas mujeres que llevaban niños de la mano.

A Magdalena le llamó la atencion aquel grupo de caminantes.

Sus ojos se fijaron en los dos hombres que abrían la marcha.

Uno era jóven: tendria á lo mas treinta y dos años, y era hermoso; pero con una hermosura que fascinaba.

El otro, algo mas entrado en años, tenía la barba blanca.

Estos dos hombres conversaban en voz baja.

El jóven parecía hacerle comprender al viejo algo que no entendía.

El viejo escuchaba con respeto al jóven.

Aquello parecía extraño á Magdalena, porque en Israel las canas tenían en todo la preferencia.

Los dos viajeros se detuvieron á pocos pasos del castillo, bajo la sombra de un corpulento terebinto.

Magdalena pudo ver mejor á aquellos hombres que habían llamado su atencion.

Jamás las codiciosas miradas de aquella mujer, hambrienta de amor, que no hallaba un hombre bastante hermoso que llenara el vacío de su corazón, habían visto un ser tan perfectamente hermoso.

La mirada de sus ojos garzos era irresistible.

La magestad de su noble frente, tenía algo que no pertenecía á la tierra.

Su barba, de un color castaño y separada en forma de horquilla en su extremo, era finísima como la seda de Damasco.

Magdalena, inmóvil, absorta, contemplaba

á aquel hombre sin poderse explicar lo que sentía.

Así trascurrieron algunos segundos.

Los caminantes fueron reuniéndose alrededor del terebinto; pero se quedaban respetuosamente separados algunos pasos del jóven de la barba.

Por fin hizo un ademán como si quisiera hablar, y apoyó su cuerpo en el tronco del árbol.

Todos se sentaron en el suelo como para escucharle.

El silencio era profundo.

Magdalena creyó ver algo que resplandecía alrededor de aquel hombre.

Aunque la ventana estaba bastante separada del sitio que ocupaba el terebinto, la de Mágalo oyó la voz del misterioso orador.

Aquella voz levantó un eco dulcísimo en el fondo de su alma.

Estremeciase su corazón de un modo extraño, y su cuerpo temblaba á pesar suyo.

El hombre decía así:

«No hay cosa encubierta que no se descubra con el tiempo, ni cosa escondida que no se sepa.

«Las cosas que dijisteis en las tinieblas, á la luz serán dichas, y lo que habéis á la oreja en los aposentos, será pregonado en los terrados.

«Mas es el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido.

«¿Quién de vosotros, por mucho que lo piense, puede añadir á su estatura un codo?

«Pues si lo que es menos no podeis, ¿por qué andais afanados por las otras cosas?

«Mirad los lirios cómo crecen, que ni trabajan ni hilan; pues os digo que ni Salomón, con toda su gloria, se vistió como uno de ellos.

«No andeis, pues, afanados por lo que habéis de comer y beber.

«Por lo tanto, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas os serán añadidas.

«Vended lo que poseéis y dad limosna. Haced bolsas que no se envejezcan, atesorad en los cielos donde el ladrón no llega, ni roe la polilla.

«Porque allí donde está vuestro tesoro, allí está entero vuestro corazón.

«Cuando fueses convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar, no sea que allí haya otro convidado mas honrado que tú.

«No convides á los ricos cuando des una comida, porque esos te la pueden devolver; convida á los pobres, á los lisiados, á los ciegos y á los cojos.

«Y serás bienaventurado, porque no tienen con qué corresponderte, mas serás galardonado en la resurreccion de los justos (1).»

Aquel Hombre continuó hablando por espacio de una hora, mientras descansaban los que le seguían.

Sus palabras, llenas siempre de bondad, de mansedumbre, de ternura, conmovían de un modo maravilloso el corazón de Magdalena.

Por fin se puso en pie, y alzando la cabeza, que humildemente tenía, mientras hablaba, inclinada sobre el pecho, fijó sus ojos llenos de pureza en Magdalena.

La pecadora de Mágalo no pudo resistir aquella mirada.

Entonces le pareció aperebir una voz que le decía al oído:

«Toma la cruz y sígueme, mujer pecadora. Yo he bajado á la tierra á salvar al enfermo de cuerpo y alma.»

Magdalena vió cómo aquel Hombre abandonaba la benéfica sombra del terebinto seguido de sus compañeros.

Parcía que un perfume delicioso penetraba en su corazón.

No se atrevía á moverse del hueco de la ventana.

El Hombre, sin embargo, había desaparecido por la vereda que conducía á Cafarnaum,

(1) Evangelio de San Lucas, cap. XIII y XIV.

y Magdalena escuchaba aun sus palabras, y le veía con todo el resplandor de su belleza sobrenatural, en pie, inmóvil junto al árbol.

Por fin pudo arrancarse de aquel sitio, y al volver la cabeza, vió un hombre que, á pocos pasos de ella, en mitad de su camarín, la contemplaba con dolorosa actitud.

Magdalena exhaló un grito retrocediendo hasta tropezar con la pared de la ventana, porque aquel Hombre era el mismo que acababa de perderse por el camino de Cafarnaum.

—No temas, Magdalena, la dijo con una voz llena de dulzura y mansedumbre.

—¿Eres tú una sombra ó una realidad? Preguntó con medroso acento Magdalena.

—Soy Jesus de Nazareth, Salvador de Israel, que viene á decirte: Oveja descarriada, torna á tu aprisco... Tu hermano Lázaro, tu hermana Marta, te esperan con los brazos abiertos en Betania. Dios perdona tus culpas, porque ha bajado á la tierra á salvar á los pecadores.

Magdalena se cubrió la cara con las manos, como si el resplandor que despedía la frente de Jesus la hubiera cegado.

Cuando se descubrió el rostro, Cristo había desaparecido.

Magdalena cayó desmayada en el suelo.

Aquella noche Boanerges acudió, como de costumbre, al pie de la ventana de la Pecadora de Mágdalo; pero la ventana permaneció cerrada.

En vano el Hijo del Trueno arrancó á su lira las mas dulces notas: Magdalena no oía al cantor.

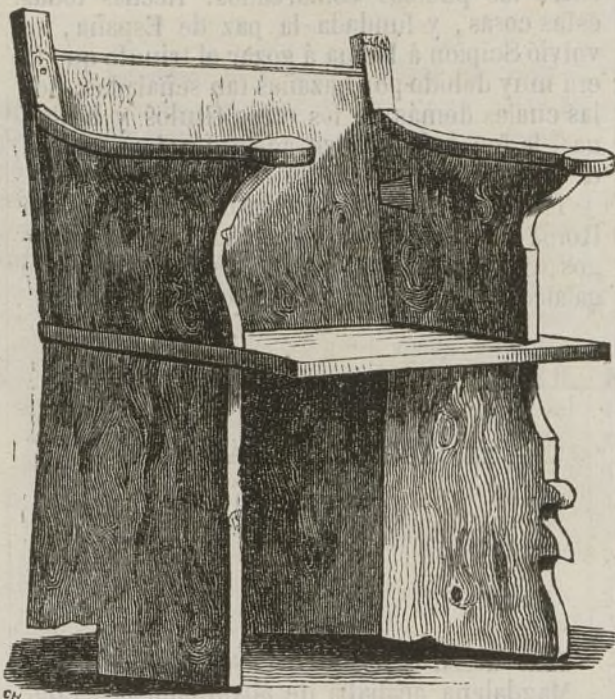
La luz del alba sorprendió al músico junto los muros de Mágdalo.

El jóven amante dejóse caer desfallecido sobre el blando césped del campo, y lloró.

—Magdalena, pensaba, se ha burlado de este amor que abrasa mi pecho.

Ya muy entrado el día, vió salir del castillo dos mujeres.

Ambas llevaban el rostro cubierto con el pudoroso velo de las vírgenes de Israel.



ANTIGÜEDAD.—Silla del Cid, que el ayuntamiento de Burgos conserva en su poder.

Estas mujeres se encaminaban á pie hácia Cafarnaum. Boanerges creyó reconocerlas; pero dudando permaneció un momento indeciso.

Cuando hubieron andado un buen trecho, salió de su escondite y las siguió.

Las mujeres llegaron á Cafarnaum.

Se detuvieron delante de una casa de modesta apariencia.

En aquella casa se notaba bastante animación.

Veíase entrar y salir algunas personas.

Las dos mujeres que habían salido del castillo de Mágdalo le preguntaron á un anciano que se hallaba sentado á la puerta:

—¿Decid, buen viejo, no es esta la casa de Simon el Fariseo?

—Esa es, respondió el anciano.

—¿Es cierto que Jesus de Nazareth come hoy en esta casa?

—Cierto es lo que dices.

—Gracias, noble anciano, y perdona si te dirijo una tercera pregunta.

—Habla.

—¿Está dentro el Cristo.

—Dentro está.

Entonces una de las mujeres se quitó el velo que cubría su rostro y lo entregó á su compañera.

Boanerges, que las había seguido y las observaba oculto entre la muchedumbre, la reconoció.

No se había engañado: era Magdalena.

¿A qué iba á casa de Simon el Fariseo la doncella de Mágdalo?

¿Por qué preguntaba con tanto afán por el jóven Profeta llamado Cristo.

¿Por qué no le había abierto la ventana la noche anterior?

Boanerges sintió bullir en su cerebro un infierno de ideas.

Los celos se alzaban terribles, amenazadores en aquella mente inflamada por el amor y el genio.

Mientras tanto, Magdalena, con sus hermosos cabellos sueltos por sus espaldas, y una copa de oro en la mano llena de un precioso ungüento, penetró en casa de Simon.

Jesus, sus discípulos, y algunas personas distinguidas de la ciudad, se hallaban tendidas en cómodas camas alrededor de una mesa.

La comida tocaba á su término.

La entrada de la mujer pecadora tan desventajosamente conocida en Galilea, produjo un murmullo de desaprobación.

¿Cómo se atrevía á penetrar en aquella casa modelo de honradez la jóven que presidía los escándalos de Mágdalo.

Magdalena, afligida por el remordimiento de su vida pasada, pero serena ante el desprecio de los convidados, arrodillóse á los pies de la cama de Jesus.

Cristo no volvió la cabeza para mirarla.

Su divinidad inquebrantable en nada se inmutó.

Seguia en voz baja y conversando con su pariente Juan, y su discípulo mas querido, Pedro.

Ni las conjeturas de los convidados ni las lágrimas de la Pecadora le distrajerón.

Magdalena, mientras tanto, derramaba el precioso ungüento sobre los pies del Mesías,



RUINAS DE ATENAS.—Los propileos.

enjugándoselos luego con amorosa y tierna solicitud con sus suaves y finos cabellos.

Uno de los convidados no pudo contenerse y dijo al que estaba á su lado, en voz baja.

—«Si este Hombre fuera profeta, bien sabría quién y cuál es la mujer que le toca, porque pecadora es.»

Jesus entonces levantó su amorosa mirada para fijarla en Simon, su huésped, que era el que habia hablado, y le dijo:

—«Simon, te quiero decir una cosa.»

—«Maestro, dí,» le respondió el Fariseo.

Jesus continuó:

—«Un acreedor tenia dos deudores: el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; mas como no tuviesen de qué pagarle se los perdonó á entrambos. ¿Cuál de los dos debe amarle mas?»

Simon meditó un momento, y luego dijo:

—«Pienso, Maestro, que aquel á quien mas le perdonó.»

—«Rectamente has juzgado,» respondió Jesus.

Y volviéndose hácia la mujer dijo á Simon:

—«¿Ves esta mujer?... Entré en tu casa: no me diste agua para los pies: mas ésta con sus lágrimas ha regado mis pies y los ha enjugado con sus cabellos.

»No me diste el beso: mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies.

»No ungiste mi cabeza con óleo: mas ésta con ungüento ha ungido mis pies.

»Por lo cual te digo: Que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho.

»Mas el que menos se perdona menos ama.»

Y le dijo á ella: «Perdonados te son tus pecados.»

Algunos convidados murmuraron en voz baja diciendo:

—«¿Quién es éste que perdona los pecados?»

Jesus, sin escucharles, dijo á la mujer:

—«Tu se te ha salvado: véte en paz» (1).

Magdalena salió por fin arrojando las ricas y preciosas galas á los pobres que estaban sentados junto á la puerta, esperando la salida de Jesus para recibir los favores que entre ellos distribuía.

Despues, en medio del asombro que su conducta produjo, se encaminó hácia su castillo.

Entonces Boanerges la tornó á seguir.

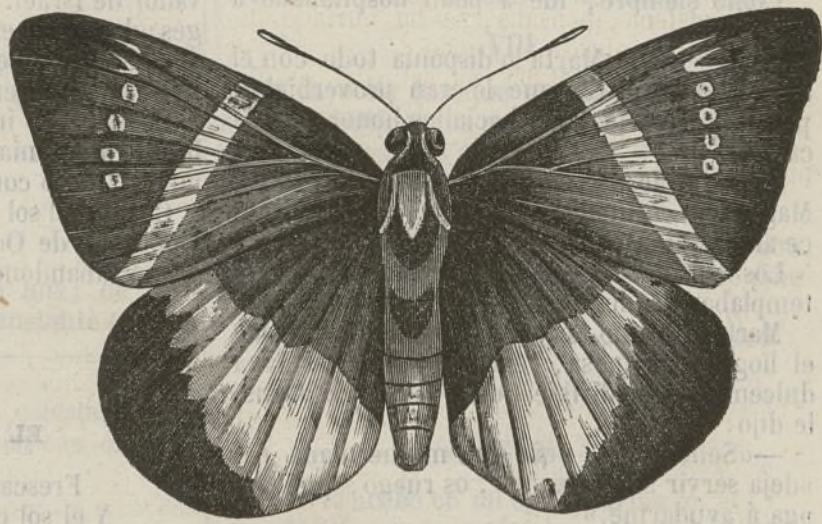
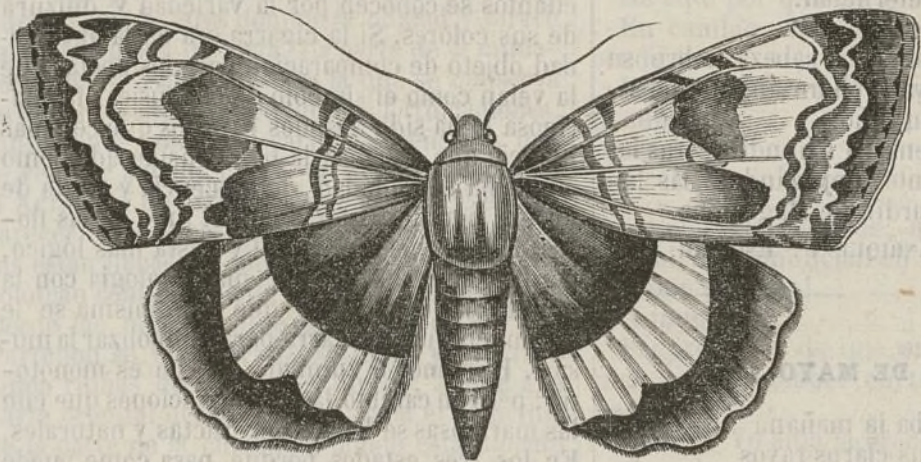
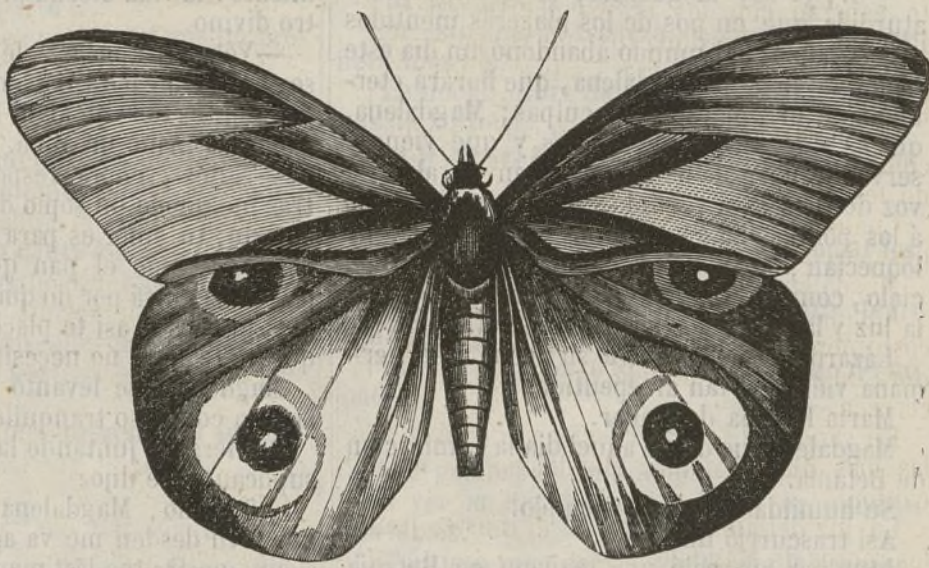
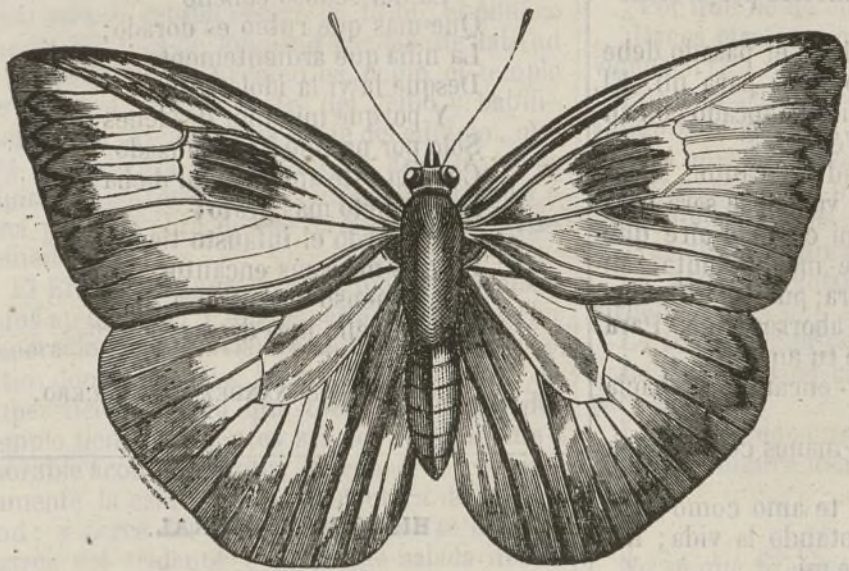
Cuando creyó que nadie podia oirles, apretó el paso, y colocándose delante de Magdalena, le dijo:

—«Detente, María.

Magdalena y su doncella se detuvieron.

Boanerges estaba pálido como un convaleciente.

—«Esta noche, continuó, he permanecido debajo de tu ventana. El sol al nacer sorprendió las lágrimas de mis ojos: porque le lloraba, señora. ¿Te arrepientes ya de la promesa que me hiciste?»



HISTORIA NATURAL: mariposas en su último estado.—Los de larva y crisálida á que hacemos referencia los omitimos porque tienen bien poco que admirar.

—Boanerges, contestó Magdalena bajando al suelo la mirada, llena de un rubor que nunca habia sentido: entre nosotros ha terminado toda. Dios ha bajado á la tierra á enseñarnos, á nosotros pecadores, los goces de la vida eterna. Toma tú, amigo mio, la cruz como yo, y síguele, porque El es la fuente de viva luz.

Boanerges sintió algo desconocido en el fondo de su alma. Sus labios se cerraron.

Magdalena continuó su camino.

Boanerges no tuvo valor para detenerla; pero ¡ay! aquel joven, todo amor, todo entusiasmo, comprendió que su hermosa esperanza era un cadáver.

Entonces quiso correr detrás de aquella mujer que habia embellecido sus ensueños.

Magdalena habia desaparecido.

Sintió un ruido extraño en el cerebro; se apagó la luz de sus ojos, y exclamando con el dolor de una alma destrozada: «¡madre mia!» cayó desplomado en el suelo sin sentido.

Una hora despues un hombre montado en un caballo se detuvo junto al cuerpo exánime del Hijo del Trueno.

Inclinó el cuerpo hácia la tierra para reconocer si era un muerto.

Despues echó pie á tierra.

—«¡Por los cuernos del altar de Sion! Esclamó el ginete. ¿No es el Cisne de Galilea?»

Despues puso una mano sobre el corazón de Boanerges.

—«Aun late, volvió á decirse. Este muchacho recorrió las tribus al son de su lira. Es un entusiasta de las musas. ¡Bah! Hagamos una obra buena: que no es mucho hacer entre las muchas malas que pesan sobre mi conciencia.

El hombre colocó el cuerpo de Boanerges delante de la grupa de su caballo, y montando despues, encaminóse hácia Cafarnaum, donde vivía la madre de Boanerges.

Aquel hombre que tan caritativamente protegía al músico, se llamaba Gestas: era un capitán de bandoleros.

XI.

LA OVEJA DESCARRIADA.

Magdalena cerró desde aquel día las puertas de su castillo.

Sus alegres tertulianos formaron mil conjeturas sobre aquel cambio inesperado.

Poco tiempo despues, el antiguo castillo de Magdalo habia cambiado de dueño.

Su nuevo propietario era un rico alcahalero de Cafarnaum, que se habia hecho rico con las recaudaciones de los pobres contribuyentes de Galilea.

Magdalena distribuyó toda su fortuna entre los menesterosos de las cercanías.

Algo mas tranquila su conciencia, se encaminó á Betania en busca de sus hermanos, para pedirles perdon por sus pasadas culpas.

Mientras tanto, dos discípulos de Juan lle-

(1) Evangelio de San Lucas, cap. VII.

garon á las orillas del lago de Genezareth, con la infausta noticia de la muerte de su maestro.

Jesús, con alguno de sus discípulos, se embarcó en una ligera nave, cruzando el lago de Galilea; se encaminó al desierto de Bethsaida, donde permaneció algunos días.

Magdalena llegó á Betania, y al hallarse junto á la puerta de aquella honrada casa que la habia visto nacer, cayó de rodillas besando humildemente el polvo de la tierra.

Marta, la hacendosa, vió una mujer que sollozaba con la frente hundida en el suelo.

Aquella mujer iba pobremente vestida con un túnico de lana.

Marta llamó á Lázaro y le dijo:

—Ven, hermano mio; junto a los dinteles de nuestra puerta yace una mujer tendida en el suelo; debe estar enferma, socorrámosla.

Los dos hermanos salieron; su gozo, su asombro fue inmenso al reconocer á Magdalena.

—¡Eres tú! Esclamaron cubriéndola de tiernas caricias.

—Sí, yo soy Magdalena, la jóven alegre y aturdida que en pos de los placeres mentidos y deleznales del mundo abandonó un día este tranquilo hogar; Magdalena, que llorará eternamente arrepentida sus culpas; Magdalena, que os pide perdón de rodillas y que viene á servirlos. Porque ha resonado en su alma la voz de Dios, y á vendido sus tierras para darlo á los pobres, ha arrojado las galas que la enloquecían, y que solo anhela tesoros en el cielo, como le ha dicho el Mesías que derrama la luz y la fe por las tierras de Israel.

Lázaro estrechó contra su pecho á su hermana viéndola tan arrepentida.

Marta lloraba de placer.

Magdalena fue desde aquel día la admiración de Betania.

Su humildad no tenia ejemplo.

Así transcurrió un mes.

Jesús se apareció una mañana en Betania seguido de sus discípulos.

Como siempre, fué á pedir hospitalidad á Lázaro.

La hacendosa Marta lo disponia todo con el aseo y la prontitud que le eran proverbiales; porque, como mayor, hacia los honores de la casa.

Mientras Jesús hablaba con sus discípulos, Magdalena, sentada á sus pies, le oía con dulce arrobamiento.

Los ojos de la pecadora arrepentida, contemplaban la divina frente del futuro Mártir. Marta, en uno de los viajes que hizo desde el hogar á la mesa, reprendió á su hermana dulcemente, y dirigiendo la palabra á Jesús, le dijo:

—«Señor, ¿no veis que mi hermana me deja servir sola? Decidle, os ruego, que venga á ayudarme.»

Jesús alzó la cabeza, y enviando una sonrisa llena de bondad á Marta, la dijo:

—«Marta, María, mucho os apresurais y os conturbais con el cuidado de muchas cosas. Sin embargo, una sola cosa hay que sea necesaria. María ha escogido por cierto la mejor parte, que no le será por cierto quitada.»

Marta, aunque no comprendía muy claramente las palabras del Maestro divino, no volvió á ocuparse de su hermana.

Aquella misma tarde Jesús partió para Galilea. Iba á despedirse de su Madre.

Mientras tanto, Magdalena empleaba las horas en hacer obras de caridad, en llorar por sus culpas pasadas y esperarlo todo de Aquel que le habia dicho: «Toma la cruz y sígueme.»

Una tarde, Magdalena se hallaba arrodillada junto al sepulcro de su padre, cuyos consejos habia desoído en otro tiempo.

Sus ojos llenos de dolorosas lágrimas, su rostro demacrado por la penitencia, habian sufrido un cambio asombroso.

Apenas la hubieran reconocido sus antiguos adoradores.

Un tosco saco de lana cubria su esbelto y gracioso cuerpo.

Sus hermosos cabellos, en otro tiempo perfumados, no exhalaban ni brillo ni fragancia.

Magdalena lloraba con la frente apoyada sobre el frío mármol del sepulcro.

Un hombre que habia entrado furtivamente en el jardín, llegó hasta donde estaba la pecadora arrepentida y se detuvo.

Era Boanerges.

Su hermoso semblante tambien habia sufrido una metamorfosis pasmosa.

Pálido, demacrado, con los ojos hundidos y la mirada melancólicamente distraída, como el hombre á quien preocupa una idea fija, no era ya el jóven de otros tiempos en cuya frente resplandecía la altivez, en cuyas pupilas brillaba la luz misteriosa del genio.

Por espacio de una hora permaneció contemplando á Magdalena.

Por fin le dijo de este modo:

—María, héme aquí otra vez.

Magdalena levantó la cabeza.

La presencia de su antiguo adorador no la conmovió, porque para aquella alma tan solemnemente contrita solo existia un pensamiento: la vida eterna prometida por el Maestro divino.

—Vete, Boanerges, le dijo; el pasado debe ser un sueño para tí como lo es para mí. El porvenir es todo mi afán. Dios ha tocado con su clemente mano mi alma. Vete.

—Nunca, señora, respondió el cantor. Mientras me quede un soplo de vida, ese será para amarte; tu amor es para mí como el aire que respiro, como el pan que me alimenta. Mi paso te seguirá por do quiera; puedes no amarme; puedes si así te place aborrecerme. Para que yo te ame, no necesito tu amor.

Magdalena se levantó y encaminóse hácia la casa con paso tranquilo.

Boanerges, juntando las manos con ademán suplicante, le dijo:

—Te amo, Magdalena, te amo como nunca, y tu desden me va agotando la vida; me siento morir; ten lástima de mí.

—Toma la cruz y sígueme, ha dicho el Salvador de Israel. Sígueme tú tambien, Boanerges; desprecia esta vida pasajera por la que Él nos ha ofrecido en la eternidad.

María entró en su casa.

Boanerges, inclinando la cabeza sobre su brazo, que tenia apoyado en un ángulo del sepulcro, lloró como un niño.

Cuando el sol comenzaba á hundirse tras las montañas de Occidente, enjugándose las lágrimas abandonó el jardín de Magdalena.

ENRIQUE P. ESCRICH.

EL MES DE MAYO.

Fresca estaba la mañana
Y el sol con sus claros rayos
Iluminaba las flores,
Bella alfombra de los campos.

Ya el ruiseñor sus gorjeos
Entonaba en el espacio
Saludando al Criador
Con su melodioso canto.

Las flores resplandecían
Con nuevo vigor acaso
Y al compás del rauda viento
Se mecían en sus tayoos.

El arroyo cristalino
Parece que va saltando
Mas alegre y produciendo
Su murmurio aun mas claro

Y mas dulce que en la noche,
Cuyas sombras han pasado,
Ya el labrador abandona
El dulce y feliz descanso

Y contento se dispone
A comenzar su trabajo.
Ya el pastor lleva á los montes
Sus numerosos ganados

Y una campana resuena
Sonora, que á los cristianos
Llama á ofrecer el saludo
Al Dios que los ha criado.

Empezaba el primer día

Del hermoso mes de mayo,

Llevando tras sí de flores

El ambiente embalsamado.

Todos en tal mes admirán

El mes mas bello del año

Y alegremente saludan

Sus apacibles encantos.

Las aves vuelan contentas

Sus gorjeos entonando

Y gozan de sus delicias

Inocentes los humanos.

Y en este mes tan hermoso

Yo solo vivo penando

Y no encuentro en sus bellezas

Remedio á dolores tantos:

Y es que en un mes como éste,

De todos el mas ufano,

Ví á Elisa que es la doncella

Mas divina de estos campos.

La de los ojos azules,

La del cutis nacarado,

La de los labios de grana

Que dan al coral agravios;

La del sedoso cabello

Que mas que rubio es dorado;

La niña que ardientemente

Desque la ví la idolatro.

Y porque mi amor desdenes

Solo por premio ha alcanzado

Cuando este amor de mí dicha

Es el objeto mas grato;

Recuerdo el infausto tiempo

En que miré sus encantos,

Y solo pienso en mi Elisa

Y en el bello mes de mayo.

ENRIQUE FERNANDEZ Y CARNICERO.

HISTORIA NATURAL.

LA MARIPOSA.

Este insecto que pertenece al órden de los lepidópteros, es el mas poético y bello de cuantos se conocen por la variedad y dulzura de sus colores. Si la cigarra era en la antigüedad objeto de comparacion para los poetas que la veían como el símbolo de la música, la mariposa lo ha sido despues para los que con mas justicia que aquellos la han considerado como emblema de veleidad, de inocencia y hasta de pureza por alimentarse con el jugo de las flores. Esto es mas verosímil y hasta mas lógico, porque la mariposa tiene mas analogía con la mujer ó las cualidades que á la misma se le atribuyen que la cigarra para simbolizar la música. El rumor ó zumbido de esta es monótono: pero en cambio las comparaciones que con las mariposas se hacen son exactas y naturales. En los tres estados porque pasa como puede verse por el adjunto grabado, ó sea en el estado de larva, que es el primero, el de crisálida plegadas sus alas y blandos sus tejidos, y el de mariposa que es cuando se lanza al aire con todas las bellezas y galas posibles, es comparable á la mujer. En aquel estierna é inocente: en el segundo siente el anhelo de lanzarse al espacio, de libar las flores, de recorrer el mundo poético que habita: en el tercero es veleidosa inquieta, presumida como aquellas y le halagan el soplo de las auras que la impulsan, y el cáliz de las rosas que le ofrecen blando asilo y tranquilo solaz.

ESCURSION ALREDEDOR DE ATENAS.

POR BROUGHTON Y MERY.

(CONCLUSION.)

A pesar de la vasta magnitud de los mármolés que componen el Partenon, hay otra cosa que admira mucho mas, y es el esquisito gusto de la arquitectura. Todo se halla divinamente

acabado y no podría notarse la menor falta, ni en las enormes cornisas, ni en los capiteles, ni en las columnas que son allí tan numerosas. La parte Nordeste del área del templo es la que mas limpia se halla de ruinas; y en la del Sur se ve aun una pared donde hay señales de pinturas y restos de algunas figuras de santos, con los cuales adornaban los cristianos el interior del edificio.

Dejando las ruinas del Partenon hacia el Norte se atraviesa un andén lleno de restos de piedras y se llega á las ruinas del Erecteo y de la capilla de Pandrosos. En la parte dedicada á Minerva Polias, se conservan aun las columnas del pórtico; pero sin el entablamento y las paredes del templo, que han sido destruidas no hace mucho. El mármol de estas ruinas es del blanco mas puro que he visto, y el trabajo de la escultura de lo mas esquisito que pueda encontrarse. Ningun pincel podría delinear con mas delicadeza los contornos; y al pasar la mano por el mármol no es posible encontrar la mas ligera desigualdad en la superficie. Las dimensiones de este templo son muy pequeñas; cuando estaba entero en 1736, el edificio media 63 pies de longitud por 36 de latitud y 20 de altura. El Erecteo es, como el templo de Minerva, una muestra del genio y habilidad de los griegos. Una parte del edificio, que era la dedicada á Neptuno y Erecteo, sirve ahora de polvorin de la ciudadela, gracias á una pequeña obra que se ha hecho allí recientemente.

El Erecteo es sagrado á los ojos de los antiguos atenienses, y puede ser aun mirado con veneracion por el viajero moderno por ser el sitio donde Minerva luchó con Neptuno; la supersticion cuenta que todas las partes del templo tienen evidentes señales de aquel memorable acontecimiento. Se conserva religiosamente la estatua de la protectora de la ciudad; y cerca del altar de Neptuno se halla el marco del tridente y la fuente salada desde donde se oia el murmullo del mar.

Debajo del Erecteo hay una batería con dos cañones de que se sirven los turcos para anunciar cualquiera noticia extraordinaria de la Puerta; esta batería domina la ciudad y ofrece un bonito golpe de vista. La parte de la ciudadela que mira al Oriente es la que se conserva en mejor estado, y las modernas fortificaciones, juntamente con los escarpados peñascos que se ven por aquella parte de la ciudadela, dan al Acrópolis un aspecto imponente haciéndole parecer inaccesible; las hendiduras de las rocas están llenas de nidos de cuervos que revolotean continuamente alrededor de la colina. Desde las murallas que se hallan al Sur del Partenon se ve el teatro de Baco y cuatro ó cinco ruinas de viviendas turcas; frente á la parte oriental del templo se halla el principio de la parte de la ciudadela donde está alojado el disdar con algunas de las familias de los turcos pertenecientes á la guarnicion. Estos soldados, á quienes llaman Castriani los atenienses, forman un cuerpo de 125 hombres, pero la mayor parte de ellos viven en la ciudad cuando no están de servicio. Todas sus obligaciones están reducidas á dar la voz de alerta durante la noche para dejar conocer á los ciudadanos que ejercen la debida vigilancia, y hacer salvas de artillería en los dias festivos.

La ciudadela del Erecteo se consideraba antiguamente como una formidable fortificacion, pero en la actualidad no podría hacer resistencia. Tiene 27 cañones, y de estos solo están útiles 7, siendo 3 de ellos de gran longitud. El disdar es un oficial de poca importancia; tiene 130 piastras de pago al año y está bajo las órdenes del gobernador de la ciudad.

Desde todos los puntos del Acrópolis se disfruta de una preciosa perspectiva por los campos, viñedos y olivares que forman un conjunto tan risueño como agradable. La meseta de la roca del Acrópolis no tiene mas que 800 pies de longitud y la mitad de latitud.

En los alrededores de Atenas hay muchos paseos bastante buenos y agradables. A pesar de haber estado en la ciudad durante el rigor

del invierno, nunca estuvo el tiempo bastante malo para privarnos de nuestras escursiones á caballo, y por esta razon pocos puntos dejamos de visitar en los dos meses que permanecemos en Atenas.

EL MOSQUITO.

(COPIADO DE MI CARTERA.)

I.

¡Pobre insecto!

Cualquiera que te mirase en las mismas circunstancias que yo, te maldeciría.

Yo, sin embargo, disiento en esto (como en otras muchas cosas) de la opinion de mis semejantes.

Estoy cansado; me preparaba á dormir; y tu monótono ruido aleja el sueño de mis ojos.

El reposo es la antítesis del dolor, y tú le haces huir de mi fatigada inteligencia.

¿Por qué he de culparte?...

¿Haces otra cosa que cumplir tu mision providencial?...

Por otra parte, yo veo algo mas allá de tu agudo zumbido.

Será una estravagancia... No lo extraño...

¡La historia de la humanidad está ligada tan intimamente á ellas!...

Tras de tu nocturno canto hallo:

La primera entrevista de amor de una virgen.

La triste velada de un enfermo que espira.

La amargura de un padre á quien falta pan para sus hijos.

Los recuerdos que me consagra mi madre.

¡Pobre madre mia!...

II.

No sé qué presentimiento vago ha evocado en mi alma tu recuerdo.

El zumbido del mosquito.

¡Bendito sea!...

Hé aquí por qué no le maldije.

En cambio, mis labios han proferido una bendicion.

Una bendicion que envuelve otra mas santa aun.

III.

¡Qué agena estarás, madre mia, de que mis labios pronuncian en este instante tu venerando nombre!...

Aunque no.

Seguro estoy de que en tus celestes rezos mezclas mi nombre en tus místicas oraciones...

¡Ah!... Yo amo la oracion

Cuando me agita un pesar,

Cuando se pone el sol,

Y sobre todo cuando, recuerdo á mi madre.

Pero en cambio me hastia:

En quien reza solo por seguir una costumbre tradicional,

En un hipócrita

Y en una mujer que bosteza.

En verdad que no comprendo la filosofía de estos rezos.

Y á propósito:

¿En qué se parece la filosofía á un mosquito?

En que nos desvela...

Yo amo tambien el desvelo

Porque recuerdo á los que sufren,

Porque escribo con mas facilidad.

Y, sobre todo, porque evoca en mi espíritu la memoria de mi madre...

IV.

Cuando á estas horas me hallo despierto, me parece que me falta algo.

¡Encuentro un vacío tan grande en mi corazón!...

Es que estoy separado de tí, madre mia.

V.

Mi sueño es intranquilo

Los misteriosos ángeles de la noche no vienen á velar mis horas de reposo...

Es que no sella mi frente el beso de paz de tu cariño.

Es que mis oidos no perciben ya el melancólico «adiós» que nos separaba hasta el venidero día.

¡Dicha inefable que ya no volverá!

¡Bien perdido que huyó para siempre!

VI.

Hay algunas horas que llevan tras de sí el triste perfume de la melancolía.

A ellas pertenecen indudablemente las altas horas de la noche.

Esa vaga y misteriosa armonía que las distingue, inunda el espíritu de sentimiento...

Yo admiro la noche por la melancolía de que llena mi alma...

Yo amo la melancolía porque es bella.

Por esto amo la noche.

Por esto amo la tristeza, que es su compañera mas fiel.

¡La noche, libre de las fantásticas creaciones de Milton!

¡La tristeza, agena á la irónica amargura de Byron!...

Para mí es sublime:

En el campo, cuando comienzan á soplar los vientos del otoño.

En el cielo, cuando presencio una tempestad.

Pero, antes que todo, en el recuerdo de mi madre.

VII.

Esta palabra es mi sueño.

Al ver la luz del nuevo día la pronuncian mis labios.

El último rayo del sol que espira la sorprende en mi boca.

En mis tristes insomnios inunda mi alma.

VIII.

Un rayo de luz que penetra por la entreabierta ventana, ha venido á arrancarme mis pensamientos mas queridos.

Su indecisa claridad me ha despertado.

Comienza el día.

¡Quiera Dios que en él no se aumente con una espina mas, la punzante aureola que ciñe mi corazón!

FABIO DE LA RADA Y DELGADO

A FELISA.

Ya acabó en mí aquel cariño

Niña, que te profesaba;

Ya se murió la carcoma

Que me destrozaba el alma;

Ya mi corazón no arde

Al fuego de tus miradas,

Ni con crueldad palpita

Al eco de tus palabras:

Ya aquellos celos impíos

Que tanto le atormentaban,

Huyeron ¿qué mayor prueba

Hay de que ya no te ama?

Y si supieras, Felisa,

¡Qué paz... qué quietud tan grata

Ha reemplazado en mi espíritu

A aquella discordia insana,

A aquella guerra continua

Que con placer escitabas

Cuando hizo mi mala estrella

Que con locura te amara!

¡Qué libertad á la cárcel

Que yo llamé de tus gracias!

¡En qué claridad trocose

La oscuridad en que estaba!

Los rayos de tus pupilas

Pusieronme ciego, ingrata,

Y como ciego me vieron,

Por juguete me tomaban



Destrucion de Numancia.

Confianto en que no vía,
En que nunca lo notara
Y en que por último pruebas
Dado hube de tolerancia.

Mas mi corazon es sabio,
Y es su ciencia tan exacta,
Que no bien hubo advertido
La dolencia, la curara.

Hoy de placer estoy lleno,
No siento dolor por nada;
Eran mi cariño todas
Mis pasiones insensatas.

¡Qué dicha es ser uno dueño
De sí mismo! ¡qué desgracia
Ser el capricho de aquella
En quien cifró su esperanza!

JOAQUIN VALVERDE Y DURÁN.

LA SEPARACION.

FRAGMENTO DE MIS MEMORIAS.

Las dos de la madrugada.

¡Al coche, señores! grita un zagal de robusta voz. Los viajeros se precipitan y empujan por entrar los primeros en la diligencia. Suena el chasquido del látigo, agítanse los cascabeles, y el coche parte voloz dejando tras sí, polvo, lágrimas y recuerdos.

Ha transcurrido ya una hora, y los caballos que nos conducen continúan todavía su carrera. Ninguno de los viajeros se atreve a hablar, por temor de interrumpir el sentimiento que a todos nos domina: el recuerdo de la madre, del hermano, de la mujer querida, del país que nos vió nacer, de la amistad que está ya lejos de nosotros, todo llena de tristeza nuestro corazon. Mis ojos, fijos en una inmensa llanura sin flores ni árboles, nada ven. El pensamiento absorbe su mirada, y la atrae al interior de mi pecho.

El cielo oculta su azul y sus estrellas con la trasparente gasa de las nubes; y la luna, reflejando tibiamente su luz sobre aquel árido desierto, se parece á una desposada que cubre con el velo el rubor de su pureza.

Insensiblemente van cerrándose mis ojos, y por último quedo dormido.

¡Cuántos sueños de ventura! ¡Cuántas esperanzas realizadas en esos momentos de ilusion! Y cosa extraña: no tengo recuerdos; solo veo el porvenir. Y es que mi pensamiento vuela por llegar al fin de mi viaje.

Estoy al pie de un monte; en su cumbre se levanta un edificio severo y magestuoso; es un convento. Mi alma sonríe de esperanza al ver la enseña de Jesucristo que se remonta hasta las nubes. Escucho estasiado una sublime armonía y cánticos que llegan al corazon. Allí

está el reposo; la paz: allí se olvidan las miserias de la tierra, y en vez del estruendo de la orgía que domina al mundo, se oyen solo las plegarias que se elevan á Dios. Un secreto impulso me arrastra hacia el monasterio y me hace penetrar en su santuario.

Nadie hay. La luz de una lámpara alumbrá aquel recinto de oracion y silencio, esparciendo sus agonizantes rayos entre las columnas y capillas que me rodean.

Veó una sombra al pie de un altar, y me acerco: es un religioso que está orando. Al ruido de mis pisadas vuelve la cabeza, y entonces reconozco en su pálido semblante á un amigo de mi infancia; á un hermano de corazon. Corro á abrazarle y... despierto.

Todo ha sido un sueño.

Estoy rodeado de bosques, nieves y montañas; y el coche que me conduce camina con lentitud. La luz del sol naciente ilumina el aterciopelado verdor de los pinos, y pequeñas cascadas que saltan murmurando de una en otra peña, forman coro con el rumor de la brisa que agita aquellos copudos árboles.

Es el Guadarrama. Desde su cumbre he visto muchos pueblos y muchos campos.

A todos les he dicho *adios* con el corazon triste; y cuando al regresar los he vuelto á ver, me han causado una grata emocion.

Es que me acercan á mis padres; á mi país; y mas que todo, á un sentimiento sublime que guarda mi alma. Sé que en vez de hallar placeres, encontraré penas; y sin embargo, ansio llegar para sufrir por *ella*.

Aquellos pueblos y aquellos campos, me quitan ahora con su recuerdo un átomo de dolor.

Pronto los volveré á ver, y ¡ay! entonces será para decirles *adios para siempre*.

JUAN DE LA CRUZ ROVIRA.

EPÍGRAMAS.

—¿Sabes, amigo Soler,
Dónde podré hallar á Flora?

—En el infierno está ahora
Hablando con Lucifer.

—¡Pero hombre, por Dios eterno!

—No es broma lo que te hablo;
Pues es mi casa el infierno,
Y mi mujer el diablo.

Juan, hombre que se preciaba

De que *El Génesis* sabia,

Dijo una noche:—Señores;

La *audencia* está *interrumpida*.

Y el burloncito don Pedro

Que estas palabras oia,

Con gracia exclamó:—¡Caramba!

¡Y eso que leyó *La Biblia*!

En un baile conquisté

A la hermosa Rosalía,

E inocente la creia

Con la mayor buena fe.

Pero al ver ella, *El Café*

Me dijo... muy descocada:

—¿No convidas á tu amada?

Estrañóme lo que oí.

La miré; la conocí,

Y... fuíme sin decir nada.

—¿Se casa Teresa Perez

Cuando tan... *libre* ha vivido?

—Sí.—Y dime, ¿con quién se casa?

—Yo creo que con un primo.

JOAQUIN VALVERDE Y DURÁN.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Durán, Carrera de San Geronimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.